

# La Autoconciencia moral como fenómeno histórico

**Dr. Akop P. Nazaretyán**

Doctor en Filosofía y en Ciencias psicológicas, Profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad Lomonosov de Moscú, miembro de la Sociedad de Estudios interculturales (USA), miembro de la Academia Rusa de Ciencias naturales y de la Academia de Cosmonáutica, Moscú.

Centro Mundial de Estudios Humanistas

Perspectivas humanistas

Anuario 1996

Los síntomas del "renacimiento religioso", que abarca últimamente a diferentes regiones del mundo, dieron un nuevo impulso a las especulaciones clericales. Entre los temas predilectos de la propaganda oscurantista, antirracionalista y antihumanista abundan las categorías de la conciencia moral. Cada vez más nos tratan de inculcar que el adicto de una fe errónea, aún más el ateo, están fuera de la motivación moral, la que es exclusivo patrimonio de la fe verdadera (por supuesto, la del propagandista). Lo dicho sobre todo concierne a la forma sublime de la conciencia moral, que en varios idiomas se refleja con términos especiales, como "conscience", "gewissen", "sovest", etc. (véase el fin de este artículo), y que de aquí en más vamos a denominar la Autoconciencia moral.

Mientras tanto, la historia da testimonios de que, al contrario, los pináculos de la conciencia y la motivación propiamente moral corresponden a las épocas de menor dominio religioso. Antes de ilustrar y explicar esta tesis, vale subrayar que ésta no es una cuestión de teoría abstracta. El estudio comparativo de la antropología cultural ha demostrado una ligazón causal entre el crecimiento de la "fuerza" y la "sabiduría" humanas (la ley de balance tecno-humanitario). Cuanto mayor el potencial tecnológico, tanto más refinados medios culturales de contener la agresión se requiere, para que la sociedad no destruya los fundamentos naturales y políticos de su propia existencia. De allí, en particular, la insuficiencia dramática de las morales religiosas (autoritarias) para la civilización moderna y el peligro de forzadas deslindaciones religiosas que hoy conlleva "la revancha de Dios". Las religiones han cumplido mejor o peor esta función reguladora durante milenios, ligando a los hombres por cuenta de contraponerlos a otros ("leales" e "infiel"), y de tal manera organizando la violencia, la que sin este mecanismo hubiera adquirido formas caóticas y autodestructivas; pero este mecanismo se ha disfuncionalizado en la época de la energía atómica, las producciones químicas, la ingeniería genética, etc. La capacidad de formar y asimilar los valores, normas y mecanismos de la moralidad crítica racional, adecuada al potencial tecnológico

moderno, será una de las determinantes de la vitalidad de la civilización terráquea en los próximos decenios.

Una investigación multidisciplinaria de la historia y prehistoria de la moralidad humana, las concepciones humanistas seculares y un examen polémico de la situación actual y perspectivas, están expuestas en el curso de lecciones de este autor: "Agresión, moral y las crisis en el desarrollo de la cultura mundial (Sinérgica del progreso histórico)". 2da. edición. Moscú: Ed. Nasledie, 1996 (en ruso). El artículo a continuación presenta fragmentariamente algunas consideraciones de este libro.

Muchos años atrás, en un sumario de artículos académicos sobre cultura de la antigüedad fue publicado un trabajo con un título inesperadamente original: "Tenían los griegos antiguos Autoconciencia moral?"(1). En él un conocido científico argumentaba, detalladamente, una opinión que ya antes había escuchado de parte de algunos historicistas, aunque me pareció un tanto grotesca. Se trataba exactamente de que, hasta el reconocido siglo V a.e. de los griegos, en la cultura no había existido el "fenómeno de la Autoconciencia moral" y que solamente a partir de esta época y, más precisamente, a partir de Sócrates, surgen las raíces de este específico regulador del comportamiento humano.

El punto está, por supuesto, no en la presencia o ausencia de los conceptos correspondientes. Los héroes de Homero, Esquilo, Sófocles, incluso Eurípides hablaban sobre el temor, la vergüenza y la deshonra, pero no padecían a causa de los perjuicios causados por sus acciones a otras personas, si ésto no estaba ligado a la posibilidad de ser desenmascarado, enjuiciado públicamente y castigado. Sus razones morales eran enteramente mitológicas y encerradas a la condena de los dioses todopoderosos. Exclusivamente al temor a los dioses apelaban oradores y moralistas, previniendo de veladas transgresiones: lo que es posible esconder de la gente no se oculta de los dioses, cuya represalia es inevitable, aun cuando uno mismo ni sospeche del propio pecado (como sucedió, por ejemplo, con Edipo).

Profundizando aún más en la historia y la etnografía, nos convencemos de que similares tipos de motivos, en forma más o menos explícita, predominaban completamente en el pensamiento mitológico. Una investigación especial permitió dilucidar la ejemplar lógica de los relatos mitológicos, la que se despliega en un esquema fijo de experimentación mental: "si - entonces - de otro modo", mostrando un algoritmo de comportamiento en situaciones vitales y de sanciones por actos transgresores (2). La sanción sucede inevitablemente, siendo fuentes de ella las omnipresentes fuerzas mágicas, que representan en última instancia al ojo generalizado del colectivo.

Los etnólogos advierten que al portador de una cultura primitiva le es en general inalcanzable el "lujo de la soledad humana". Incluso en aquellas tribus donde la gente (los varones) cazan o cantan en solitario, ninguno de ellos psicológicamente se queda a solas consigo mismo. En este sentido, el aborigen adulto es parecido a un niño actual: él permanentemente siente sobre sí mismo el ojo del colectivo (padres, educadores), de sujetos mágicos personificados, lo cual, en ausencia de una observación externa real, garantiza adecuadamente el seguimiento de las normas establecidas. Si, por ejemplo, la tribu prohíbe al

cazador comer la carne de la presa por él cazada (le es permitido alimentarse sólo de presas obtenidas por otro cazador), entonces él mismo observa atentamente que, sentados a la mesa colectiva, ni un sólo trozo de "su" carne le llegue a la boca y, habiéndose quedado por largo tiempo fuera de contacto con sus compañeros, le es más fácil morir de hambre que dar cuenta de su propio botín de caza (3).

A la sociedad de la antigüedad temprana, tanto como a las sociedades más primitivas, le es ajena la intención de considerar críticamente a lo tradicionalmente establecido, convertirlo en materia de reflexión individual. Pero los comienzos y especialmente mediados del primer milenio antes de nuestra era, se caracterizaron por un intenso proceso de formación de nuevas ideas, valores, normas de comportamiento cotidiano y político, transformando hasta lo irreconocible la fisonomía de la cultura humana. Precisamente en esta época, llamada "época axial", por primera vez surge, en palabras de K. Jaspers: "el tipo de hombre tal como se conserva hasta el día de hoy" (4).

A esta época axial le antecedió una crisis, extendida a todo el territorio de los países civilizados y relacionada con el fuerte crecimiento demográfico, la revolución del hierro, el recrudecimiento de los conflictos militares sangrientos<sup>5</sup>. Los mecanismos culturales de contención, elaborados en la experiencia histórica anterior, resultaron inadecuados al nuevo poderío tecnológico adquirido y la cultura humanitaria respondió al "desafío" evolutivo del caso con las revelaciones espirituales de Zaratustra y los profetas judíos, Buda, Confucio y Sócrates, Kir el Grande, Pericles y Ashoka... Como resultado de estas frenéticas transformaciones, sorprendentes por su concentración cronológica y, al mismo tiempo, extensión territorial, fueron elaborados nuevos y más afinados mecanismos de control y compromiso social, de administración y política. Cambiaron las tareas y los métodos de conducción de la guerra: la cantidad de muertos y destrucciones dejó de ser, como antes, prueba de maestría militar, se acrecentó el papel de la competencia informativa (exploración, propaganda), la demagogia política comenzó a desplazar a la violencia y el terror en las relaciones con la población sometida. En este tiempo, por primera vez, en la gente se formó el concepto general del bien y del mal, de discernimiento moral y responsabilidad individual, el pensamiento mitológico comenzó a ceder lugar al pensamiento personalizado.

En el cauce de las tendencias mundiales se encontraban también las búsquedas espirituales de los filósofos griegos. Sofistas y cínicos, con la inclinación hacia el análisis racional propia de los griegos, se atrevieron a poner en duda prácticamente todos los valores y normas tradicionales: desde la justicia, la moral y la disciplina hasta las reglas más elementales de urbanidad e higiene.

Las leyes humanas fueron destronadas al contraponerlas a las leyes de la naturaleza, desconocedora de limitaciones artificiales. Algunos sofistas (Calicles) afirmaron que el derecho, la moral, la justicia, son un complot de los débiles contra los fuertes, ya que las prohibiciones, encadenando al audaz y agraciado, lo someten a los intereses de la mayoría gris. Otros (Frasimaj, Antifontes) afirmaron que éste, por el contrario, es un complot de los fuertes contra los débiles: astutos y poderosos manipulan a las mayorías de gentes sencillas, las cuales, bajo la influencia de los prejuicios morales, se ven obligadas a ocuparse de los intereses de aquellos como si fueran propios. Ambas versiones de inmoralismo son

fácilmente "reconocibles" por cuanto conservaron su atractivo aún después de milenios. En términos de los tiempos modernos, a la primera de ellas podemos llamarla tentativamente "sado-nietzscheana": el Marqués de Sade, F. Nietzsche y sus numerosos epígonos instaron a desafiar a todas las leyes humanas, contradictorias de las leyes naturales del deseo y la fuerza; consideraron a la moral producto de la degeneración, medio de represión de la individualidad; a la convivencia pacífica como un estado enfermo de la sociedad (partiendo de que es opuesta a la naturaleza salvaje) y así siguiendo. A la segunda versión es lógico denominarla como "robespiero-leninista": los bolcheviques, asimilando creativamente la experiencia de los jacobinos, declararon a la moral y el derecho burgueses y mentirosos, instrumentos de la opresión de clase, contraponiendo a ellos la moral y la legalidad revolucionarias.

Corresponde subrayar que, independientemente de las connotaciones políticas contemporáneas, en la filosofía este fue un difícil, audaz y para nada inútil juego de la razón. La duda es valiosa en sí misma y representa una premisa completamente necesaria de la comprensión racional, de la demostración, de la autodeterminación consciente. En relación crítica hacia lo tradicional e incondicionalmente establecido, los filósofos antiguos pusieron fin al todopoderoso pensamiento mitológico, abrieron horizontes antes desconocidos a la libre elección humana y a la responsabilidad individual.

En este sentido podemos afirmar que los pensadores del siglo V griego dieron un paso decisivo hacia el descubrimiento de la personalidad humana. Sobre el ser humano no se impone ningún absoluto, enseñaban los sofistas. Cada individuo es autosuficiente, él es centro y causa del mundo, el mundo todo cobra existencia en sus sensaciones, percepciones y pensamientos. Aprendiendo a dudar de todo, el hombre mismo se convierte en medida de las cosas; liberándose del ceppo de las convenciones externas, adquiere verdadera libertad...

Pero si no hay ningún absoluto, entonces todo está permitido — precisamente así resonó por primera vez, en aquel entonces, este motivo "dostoyevskiano". Un acto puede ser bueno o malo cuando frente al sujeto hay alternativa, y en este sentido es casi imposible valorar moralmente las acciones de la gente en las culturas "preaxiales". Pero si al adquirir la posibilidad de opción el hombre pierde el Absoluto, el bien y el mal nuevamente se vuelven indiferenciables, sólo ahora esto se padece como problema. El individuo se desorienta moralmente, se frustra psicológicamente y la sociedad se hace inepta para la vida.

A la tarea de devolver a la gente el Absoluto, pero habiendo pasado ya la experiencia del escepticismo dedicó su esfuerzo creativo un activo oponente de los sofistas: Sócrates. En la búsqueda de un nuevo Absoluto, el más grande racionalista de la antigüedad se orientó a una categoría muy cercana al espíritu de la cultura griega: el Saber.

Para nuestro tema es verdaderamente significativo un argumento en las reflexiones de Sócrates, convertido tanto en lógica de los moralistas que apelaban al temor a los dioses, cuanto en lógica de los filósofos ateos. En el lugar de los dioses antropomorfos, mezclados permanentemente en el destino de los hombres, él colocó a una única divinidad, omnímoda, carente de subjetividad, nombre,

calidades individuales y voluntad soberana. En el contexto de tal concepción del mundo no puede siquiera hablarse de una fuente trascendental de estímulos y castigos. La divinidad es el Saber absoluto, la Sabiduría inalcanzable para un mortal; al hombre le es en general inalcanzable la Sabiduría, el puede ser sólo amante de la sabiduría, filósofo. Pero en el pensamiento del filósofo la divinidad se representa como un particular agente — daimon — que lo orienta hacia las buenas acciones (en general, útiles) y le provoca repulsión hacia las malas, que son, en última instancia, perjudiciales para el mismo sujeto. Por esto la razón del sabio, capacitado para ver las consecuencias diferidas de las ventajas del momento, es más elevada, más valiosa y confiable que las prohibiciones establecidas artificialmente.

Esto fue un grandioso avance: desde la dependencia de los jueces externos hacia la responsabilidad individual frente a la propia razón; desde el temor a los dioses hacia una especie de instrumento íntimo de regulación moral, aún cuando no contara entonces con una clara designación. Esto fue un signo de que la existencia psicológica del individuo había alcanzado un nivel de complejidad y autosuficiencia como nunca antes. "El hombre puede ahora, internamente, contraponer a sí mismo al resto del mundo. El descubrió en sí mismo las fuentes que le permiten elevarse sobre el mundo y sobre sí mismo" (6).

Simultáneamente a Sócrates, en el extremo opuesto del espacio cultural, otro gran pensador, Confucio, creó una doctrina ético-filosófica cuya alma es la concepción del yen: "lo que no deseas para sí mismo, no lo hagas a otros". En verdad, el mismo Confucio estaba convencido de que la calidad del yen (humanidad, amor al ser humano) es accesible sólo a los hombres nobles y generosos, no a la gente común, y esto también es concordante con la concepción de Sócrates. Pero pasados dos siglos, Men Tsi, en polémica con influyentes opositores presentó la tesis sobre la bondad innata de la naturaleza humana y, conjuntamente con otros seguidores del Maestro, continuó elaborando los principios de una "administración humanitaria", en contraposición al "control por medio de la fuerza".

Prestando atención a la conocida proximidad entre el concepto griego de "daimon" y el "yen" chino, corresponde destacar que Sócrates y Confucio son los menos religiosos de entre los grandes pensadores de la "época axial", o los más consecuentes ateístas de la antigüedad. Su ateísmo se definía no por un primitivo rechazo de lo divino, el que en la práctica habitualmente lleva a un simple recambio de ídolos. Reconociendo al Cielo como fuente del Absoluto, la Sabiduría y la Perfección, ellos despersonificaron a la divinidad, la liberaron de su implacable arbitrariedad y, consecuentemente, de sus funciones punitivas. Más explícitamente, esta revelación conceptual de los pre-monoteístas, la fundamentaron los post-monoteístas (panteístas) de los tiempos modernos: no creó Dios al mundo, sino que el mundo es Dios. Según B. Espinosa, por ejemplo, todos los prejuicios humanos derivan de la convicción ingenua de que la divinidad, a similitud de la gente, aspira a algún objetivo. El sujeto deseoso, orientado hacia un objetivo, por definición no puede ser divinidad, ya que carece de las cualidades inmanentes a esta: universalidad, omnipotencia, hipóstasis; en efecto, se desea y se aspira a aquello que no se tiene.

Al panteísmo como forma consecuente del ateísmo muchas veces se refirieron las autoridades religiosas, demostrando su convicción también por medio de acciones concretas, como la quema en la hoguera de G. Bruno, la excomunión de Ibn Rushd, Espinosa, L. Tolstoy... Ante la actual moda de oscurantismo y mistificaciones antiintelectuales es oportuno recordar lo olvidado después de muchos años, por influencia de la retórica "ateísta" de los bolcheviques: la verdadera división de aguas entre los paradigmas conceptuales no pasa entre las vulgares afirmaciones del tipo "Dios existe" o "Dios no existe", sino entre la fe en sujetos antropomórficos y la aceptación de un único Absoluto impersonal. Sócrates y Confucio resultaron entre los primeros capaces de ingresar a una nueva cima conceptual, alcanzando con su pensamiento una instancia antes desconocida del autocontrol humano.

"Qué incita al zindico (ateísta) y al dajrita (materialista) a hacer el bien, elegir acciones buenas, expresar honradez, no salirse de la verdad, ser misericordioso hacia el sufriente, ir en apoyo del que pide ayuda? — escribió el filósofo árabe del siglo X, Al Taujidi — El actúa así, por lejos, no esperanzado en las recompensas del otro mundo y no por miedo al castigo".(7) Respondiendo a esta pregunta, los partidarios del zindico utilizaron el concepto de insaniya (humanidad), que refleja, en su opinión, una especial cualidad de la razón altamente desarrollada.

Ciertamente, tanto en los griegos y los chinos, como en los árabes y los europeos de los tiempos modernos es posible observar fenómenos coincidentes: en la medida que se debilita la influencia de una fe en los dioses antropomorfos, surgen nuevos conceptos, que explican el comportamiento de la persona no-beata. Este concepto, difícil de definir en la multiplicidad de sus fijaciones lingüísticas, expresa un particular mecanismo motivacional, el cual es elaborado por una cultura cuando su portador se desprende de los pañales formados por reguladores más arcaicos: instintos frenadores, temores reales y místicos.

Yo opino, que en este campo de significaciones se encuentra el concepto de la Autoconciencia moral. En el espacio de la cultura a este término corresponde un complejo fenómeno psíquico, que incluye en sí la capacidad y disposición a evaluar las consecuencias diferidas de los actos, una conciencia desarrollada de responsabilidad y empatía, capacidad de autovaloración. En él pueden predominar componentes racionales o emocionales. Pero una premisa mínima en la conformación de la Autoconciencia moral, la representa cierto umbral crítico de la complejidad cognoscitiva del sujeto; nivel que posibilita, en una magnitud suficiente, el reflejo de las relaciones de causa y consecuencia, como así también una dinámica de autovaloración autónoma, no dependiente de la autoridad externa, que sirva en este caso de palanca motivacional (8).

Lo más importante es que, entendiendo de esta manera a la Autoconciencia moral, ella y el Temor a Dios son sustancias incompatibles: sólo en una conciencia no autoritaria, depurada del agresivo elemento químico del Miedo, se libera el necesario espacio para el elixir de la Autoconciencia moral, y sólo una Personalidad, no encadenada al temor hacia el castigo externo, es capaz de elaborar este instrumento íntimo de autorregulación moral.

En aquellas culturas que han brotado en la época axial, la persona se convierte en núcleo de la existencia histórica, sujeto responsable de su elección y potencial objeto de juicio imparcial, lo cual no tenía lugar en las épocas anteriores. Esto no quiere decir, por supuesto, que el sistema de concepción del mundo y de operaciones ético-intelectuales, desarrollado desde aquel momento, se haya convertido en un logro generalizado. La cuestión está no sólo en las diferencias individuales, sino aún más en la no linealidad en el desarrollo histórico de las culturas.

Ilustraremos lo anterior con dos consideraciones suficientemente discutibles, limitándonos aquí a una argumentación muy general.

Hoy prácticamente se ha hecho lugar común la tesis sobre el perfeccionamiento cardinal de los valores morales de parte de las religiones mundiales y especialmente del cristianismo. Entre tanto, la comparación de los textos del Evangelio con los textos de los diálogos de Sócrates, como así también con los documentos budistas, nos obliga a considerar la tesis mencionada de un modo un tanto crítico.

A los filósofos griegos, que pusieron en duda casi todo lo existente, no les fue posible desprenderse de la arrogancia racista y clasista, característica de la cultura de la antigüedad. La altura de su pensamiento moral estaba predestinada a la elite intelectual y dirigida exclusivamente a la misma. Esta circunstancia no permitió a los filósofos adquirir la amplitud de solidaridad humana que demostraron algunas religiones axiales del Oriente, especialmente el budismo con su moral asimétrica del perdón absoluto y la no violencia, y limitó enormemente su propagación. Sintetizar los logros del racionalismo aristocrático occidental y la mística democrática oriental, le correspondió al cristianismo.

Pero esta religión marginal, orientada a la percepción de bárbaros y esclavos, que salieron a la escena histórica con el debilitamiento del Imperio Romano y que no podían concebir el mundo sin un Padre o un Dueño, pagó su éxito con una enorme disminución de los standards anteriores. Las cimas intelectuales de la antigüedad quedaron muy atrás; la argumentación moral fue reducida al nivel de emociones infantiles de miedo y esperanza para con la voluntad del Padre; la unidad total, proclamada por la ideología oriental, fue desaprobada por medio de la "espada", con la cual el Hijo del Hombre, cortando los lazos sanguíneos y étnicos ("No hay heleno, ni judío" - según el comentario de San Pablo), al mismo tiempo dividió a la gente según el signo de su fe ("Quien no está Conmigo, está en contra de Mí").

La contraposición universal dios-diablo — revelación de Zaratustra en los comienzos de la época axial — en las palabras de Cristo, y posteriormente de Mani (maniqueos) y de Mahoma, se convirtió en indicador de que la primera ola de esta gran época comenzó su decadencia. Pero sus crestas siguieron a la vista en el horizonte, quedando como referencias para las futuras generaciones.

Los tres "siglos oscuros", que advinieron con la llegada de los cristianos al poder (siglos V al VIII), fueron seguidos por pequeños "renacimientos" después de cada siglo y esto fue un "movimiento orientado hacia la construcción del edificio

de la civilización cristiana, por medio de la reagrupación cualitativa de los elementos de la antigüedad" (9).

De este modo, el cristianismo temprano, posibilitando la extensión "a lo ancho" de algunos logros de las culturas anteriores, al mismo tiempo simplificó la imagen del mundo, ya que en el sistema cognitivo no quedó el "nicho" para un factor psicológico-cultural tal como la Autoconciencia moral; en el aspecto evolutivo este fue un paso atrás, hacia un regulador moral más primitivo: el temor al dios. Sólo después de algunos siglos, a medida que el oscurantismo guerrero de tipo tertuliano se fue replegando, se restableció el prestigio de la razón, el conocimiento, la duda, la sociedad occidental nuevamente experimentó la necesidad de un regulador moral seglar...

La siguiente consideración se basa en la comparación de los conceptos de "Autoconciencia moral" y "honor".

Personalmente casi no encuentro en la literatura rusa, hasta los grandes corifeos de la segunda mitad del siglo XIX, ejemplos evidentes de que alguno de los personajes padeciera profundamente por causa de la ofensa, cometida a otras personas, grupos o estamentos sociales (10).

Incluso Evgueny Oneguín, habiendo matado en duelo al amigo por una causa fútil, se distrae de los desagradables recuerdos viajando por Europa y vuelve completamente pertrechado de hábitos mundanos y ambiciones. El poeta muy livianamente reprende a su héroe por haber resultado "una bola de prejuicios", no manifestando mayores emociones por este motivo.

Considero que esto no es casual. El subdesarrollo del sentimiento de culpa social es una cualidad característica de la percepción del mundo de la "nobleza". El conde Tolstoy, habiendo estudiado minuciosamente la psicología de su clase, explicita convincentemente su código de honor no escrito. Revela el sistema de valores y normas con el que se maneja Vronsky (el amante de Anna Karenina), cuya esencia está en que "no es perdonable el agravio, y sí es posible agraviar". Y P. Calderón de la Barca presentó, probablemente, la más sorprendente ilustración de esta psicología en la obra "Médico de su honra". Su protagonista, un alto noble, sospechando equivocadamente de la infidelidad de su esposa, encuentra un modo bastante malicioso de asesinarla sin dejar rastros de violencia. El rey, viejo y sabio, interiorizándose atentamente de esta historia y sabiendo (tanto como los espectadores) del irreprochable comportamiento de la víctima, de todos modos, sin titubear, aprueba la actuación del asesino; pues para mantener el honor de un aristócrata es preferible, en cualquier caso, castigar (eliminar!) a una inocente, que arriesgarse a dejar sin castigo a una infiel. A partir de que en el texto de la pieza no se encuentran signos de sarcasmo, es posible inferir que el dramaturgo comparte las normas morales de sus héroes.

Estas normas son coherentes con la concepción jerárquico-explotadora que representa un rasgo característico del noble, el barin (barón ruso), el marqués, al igual que del lacayo, asimilador de un modelo patronal de las relaciones humanas. El sentimiento de culpa frente a una persona que se deja agraviar es ajena al representante de esta cultura; y cuando el temor vasallo frente al señor feudal o el Dios deja de contener la arbitrariedad, o bien, cuando se garantiza una confiable

fundamentación religiosa de la agresión, este tipo histórico es capaz de generar irrefrenables sádicos (11).

Montesquieu notó que la sociedad estamental se funda en el honor, y la democrática, en la virtud. Por cuanto en la lengua francesa tampoco hay un equivalente exacto para el concepto que hemos denominado aquí Autoconciencia moral, probablemente la palabra vertu (virtud) refleje uno de los aspectos de este concepto multifacético. En todo caso, una concepción contraria a la propia de la nobleza, opuesta a las relaciones de explotación, repleta de sentimientos de compasión y culpa social, en combinación con una más o menos decidida inadmisión del fariseísmo eclesial, fue introducida en la segunda mitad del siglo XIX por la "intelligentzia" (intelectualidad), abanderada con valores democráticos y humanistas.

Aquí puede presentarse una consideración más, que en un modo tan generalizado parecerá un tanto insólita, aunque sigue la antigua máxima de Paracelso: "Todo es veneno y todo es remedio, la cuestión está en la medida". Quiero decir que la Autoconciencia moral, como factor regulador-motivacional de la acción es capaz en un momento dado, habiendo alcanzado una magnitud extralimitada, volverse en el efecto contrario: la paralización de la actividad. Un efecto "disfuncional" de tal tipo es posible observar tanto en la vida individual como social.

Así, un sentimiento desmedido de culpa puede provocar abulia, atrofio de la voluntad, convirtiéndose en un síntoma psiquiátrico. Por ejemplo, el enfermo que se niega a levantarse de su cama, motivando su negativa en que, caminando sobre la tierra, él puede aplastar algún insecto y "no se lo perdonaría a sí mismo". El agravamiento enfermizo del complejo de culpa, al abarcar a significativos grupos humanos, puede estimular en el otro polo la actitud contrapuesta de estar permanentemente ofendidos y con eso, habilitados para todo. Así sucedió en Rusia luego de la supresión de la servidumbre de la gleba (en 1861). La intelectualidad y parte de la nobleza se sintieron a sí mismas "culpables para siempre" por la esclavitud ejercida (aún cuando los antepasados de la mayoría de los intelectuales, de clase media, ni siquiera podían soñar con la posibilidad de poseer servidumbre). Esta situación fue aprovechada por sectores marginales desclasados, cuya significación creció, trasladándose su psicología a la sociedad que estaba en plena dinámica de cambios. La intelectualidad rusa, llegando frecuentemente a la autoflagelación, con su excesiva escrupulosidad posibilitó el crecimiento del nihilismo histórico, con las correspondientes tendencias destructivas tanto "desde arriba" como "desde abajo", jugando un rol ambiguo en el destino posterior del país (la revolución bolchevique, etc.).

¿No observamos hoy algo parecido en la Europa Occidental y especialmente en USA, en relación con gente de otros continentes, religiones y razas? El "racismo masoquista" de unos (es necesario a cualquier precio lavar la culpa de los blancos frente a la población de color) pervierte a otros, generando en el polo opuesto una actitud de parasitismo y un agresivo complejo de inferioridad. Masas humanas, habituadas a vivir por el sistema de caridad estatal pierden motivación hacia el trabajo, hacia la educación, y no experimentan por esto ni agradecimiento ni obligación alguna para con la sociedad.

Es muy ingeniosa la conclusión de los psicólogos americanos, que estudiaban la problemática racial contemporánea: dejó de ser racista no aquel que responde afirmativamente a la pregunta de si casaría a su hija con un hombre de color, sino aquel que no comprende la pregunta. ¿Parece una utopía? Pero al menos conozco todo un continente donde la gente se quedaría asombrada ante tal pregunta: es América Latina. Y es un problema discutido hoy en la ciencia el por qué, aún cuando en este continente también haya habido esclavitud, quedó tan profunda diferencia entre anglo y latinoamérica.

A mi entender, en la afirmación mencionada de los psicólogos norteamericanos está una de las llaves a la paradoja de la "desmedida escrupulosidad moral". Probablemente, la vulnerabilidad de la autovaloración, el sentimiento de culpa por las consecuencias desagradables producidas a otros por actos cometidos o pensados — noble cualidad de una mente desarrollada — adquiere un más elevado contenido humanista cuando se libera de las generalizaciones étnicas o sociales, del antiguo paradigma grupal "ellos — nosotros", conservando (al igual que el sentimiento de ofensa) un carácter estrictamente individual. Ya en este caso se trata de la obligación humana y la culpa, no trascendentales (ante el Dios, el Estado, el Caudillo, el Partido, etc.), sino concretas y personificadas. La característica dada del sentimiento distingue a la persona que aprende a percibir a las demás personas y a sí misma sin el prisma de la pertenencia socio-grupal (étnica, clasista, etc.), en la calidad de sujeto único con valor propio.

Sin atreverme a terminar la discusión sobre tan complejo fenómeno con el obligado acorde final, introduzco como cierre un resumen filológico comparativo, que puede dar una orientación adicional en el campo de las significaciones.

En las lenguas romances tradicionalmente la diferencia entre los conceptos de "Autoconciencia moral" y "conciencia" léxicamente no se expresa (aunque corresponde repetir que el término "vertu" — virtud — a veces se utiliza con una significación similar). En inglés la diferencia se establece en forma de sufijo: conscience, conscious/ness. Pero por lo visto en el sistema de la cultura occidental contemporánea el espacio para los diferentes matices de este concepto se amplía, dando impulso a la correspondiente formación de nuevos términos.

Así, los escritores ingleses actuales han comenzado a utilizar con un significado no tradicional, como equivalente de Autoconciencia moral, el término "guilt" (culpa, sentimiento de culpa). Y en trabajos de filósofos americanos y latinoamericanos apareció una combinación un tanto extraña de palabras: "moral shame", "vergüenza moral", y con dedicación se discute en qué se diferencia este concepto de la "simple vergüenza" (12).

Moviéndonos hacia el oriente, ya por la carta geográfica de Europa, encontramos en la lengua alemana una diferenciación más precisa de estos términos que están etimológicamente contruidos en dos raíces sinónimas (de "saber" y "conocer"). Por medio de un algoritmo coincidente se construyen estos términos en una cantidad de lenguas eslavas (en ruso: sovest, soznanie; en polaco: sumienie, swiadososc) y escandinavas.

Curiosamente, en casi todas las lenguas europeas, incluido el ruso, la etimología de este concepto es exclusivamente racionalista, relacionada con la idea de saber o conocer.

Más allá en el oriente el mecanismo de formación del concepto correspondiente cambia: el aspecto racional deja lugar al emocional. Por ejemplo, en la lengua armenia el concepto de Autoconciencia moral — *jijch* — tiene una raíz común con la palabra "piedad". Un muchacho del campo en Armenia me explicó el sentido de esta palabra, aproximadamente del siguiente modo: "Jijch es cuando es posible aprovecharse impunemente de un ser más débil, pero 'algo' lo impide". En algunas lenguas orientales se cuenta con varias palabras que reflejan diferentes aspectos de lo que denominamos Autoconciencia moral, y la palabra "conciencia, por lo que comprendí de las conversaciones, es cercana al concepto de estar en vela, estar en vigilia...

Interrumpo aquí este resumen fragmentario, chocando con los límites de la propia erudición lingüística y dejando propuestos sólo algunos esbozos de un posible análisis más profesional. Considero que tal análisis podría dar un rico material sobre las sutilezas de la psicología idiomática, sobre cuestiones de culturología comparativa, historia y teoría de la moral, y ayudaría convincentemente a destronar los mitos sobre la exclusividad religiosa o nacional.

#### Notas:

1 V. Yarkho - Tenían los griegos antiguos Autoconciencia moral? ( La representación del hombre en la tragedia antigua). "Antigüedad y actualidad". M., 1972. (en ruso)

2 A. Venguerov - Predicciones y profecías: pro y contras. Ensayo histórico-filosófico. M., 1991. (en ruso)

3 P. Clastres - El arco y el cesto. // "Alcor", Asunción, mayo-agosto 1967.

4 K. Jaspers - Vom Ursprung und Ziel der Geschichte (el autor utilizó la edición rusa, M., 1991, p. 32).

5 E. Berzin - Siguiendo la revolución del hierro. // "Znanie — Sila" (en ruso)

6 K. Jaspers - Op. cit., p.34.

7 A. Sagadeev - El humanismo en el pensamiento clásico musulmán. // "Obshevstvenie nauki i sovremenost", 1994, N 4, p. 174. (en ruso)

8 El rol decidido de las necesidades, relacionadas con la dinámica de la autovaloración, en la motivación del comportamiento social "desinteresado" es bien conocido. De acuerdo a los resultados de estudios sobre psicología individual y generacional, iniciados ya por J. Piaget, "existe una relación entre las "filas" cognoscitivas y morales del desarrollo, correspondiendo un rol de liderazgo en este movimiento conjunto a la "fila" cognoscitiva". (M. I. Volovikova, T. A. Rebeko - Correlación del desarrollo moral y cognoscitivo. "Psicología de la persona en la sociedad socialista". M., 1990, p. 83). (en ruso)

9 I. Yakovenko - La iglesia ortodoxa rusa y el destino histórico de Rusia. // "Obshestvenie nauki i sovremenost", 1994, N 2, p. 48. (en ruso)

10 Representan una excepción A. Radishev y también A. Griboedov, con su héroe episódico, quien "se puso a leer libros en la aldea". Los decembristas y sus contemporáneos, interviniendo en contra de la servidumbre de la gleba, pusieron el acento

no en la infelicidad de los campesinos, sino más bien en el beneficio económico para la Patria, o bien en los ideales occidentales de Libertad.

11 Hartos en el pasado de la "posición clasista", ahora obstinadamente se la reemplaza con la "posición nacional". Ante esto, por cuanto me es conocido, nadie intenta discutir la sutil observación de N. Chernishevsky: el campesino ruso es más parecido a un campesino portugués, que a un barón ruso. Es discutible, en qué medida son en general heurísticas estas conversaciones sobre la psicología de los grandes grupos sociales. Me animo a afirmar, sin embargo, que hasta el día de hoy las investigaciones sobre la psicología de clases, de estamentos sociales, de épocas históricas han dado muchos más resultados fructíferos que los trabajos sobre la "mentalidad nacional", los que habitualmente son llevados hacia un juego de estereotipos especulativo, ajeno a la historia, más o menos entretenido (pero a la vez políticamente peligroso).

12 E. Tugendhat - El papel de la identidad en la constitución de la moralidad. "Ideas y valores", Bogotá, 1990, N 83-84.